

Baeza la Inquisición bramase contra el libro, luego el tribunal portugués. En fin, los índices de Quiroga de 1583 y 1584 lo incluyen. Podría circular curiosamente en los Países Bajos y sin duda en los países reformados. Y nadie pudo poner limitaciones a un escrito que combinaba observación y erudición, castellano y latín, más tarde muchos otros idiomas. Incluso las afiladas garras inquisitoriales fracasaron ante traductores e impresores. ■

José Luis Peset

orcid.org/0000-0001-6295-4545

Instituto de Historia, Centro de Ciencias Humana y Sociales, CSIC

Daniel de Ávila Gallego. Diálogo del colorado (Salónica, 1601). Interpretación académica de la escarlatina. Edición, introducción y notas de Pilar Romeu Ferré. [Colección Fuente Clara. Estudios de Cultura Sefardí]. Barcelona: Tirocinio; 2014, 303 p. ISBN 978-84-940083-6-8. € 70.

El *Diálogo del colorado* es un estudio médico aljamiado en caracteres hebreos, originariamente publicado, en 1601, en Salónica —durante siglos la más populosa comunidad de la diáspora sefardí. Según propone Pilar Romeu Ferré, artífice de la muy cuidada edición anotada objeto de esta reseña, su autor, Daniel de Ávila Gallego, quien se presenta a sí mismo como «judío, filósofo y médico de la misma ciudad», habría nacido en el seno de una familia de «cristianos nuevos» hacia 1570, con mayor probabilidad en alguna de las regiones de «La Raya» [*a Raia*] entre los reinos de Castilla y Portugal, y cursado estudios de medicina en la Universidad de Salamanca en torno a 1590. La imposibilidad de atestiguar el grado obtenido en sus estudios le induce a pensar que no llegó a concluirlos, si bien tampoco debería descartarse del todo que lo hiciera con un modesto grado de «bachiller», poco lucido como credenciales profesionales a exhibir años después en la portada de su obra.

Pese a los plausibles esfuerzos de la editora por documentar mejor la oscura biografía de Daniel de Ávila, los datos o indicios disponibles sobre su trayectoria vital resultan escasísimos y en su práctica totalidad proceden de su *Diálogo del colorado*. Conforme a esta fuente, cabe suponer que se hubiera establecido después de 1593 en Salónica —se desconoce si trasladándose allí directamente des-

de la península ibérica o tras haber residido por algún tiempo en alguna ciudad italiana de las que entonces constituían asiento común de la diáspora sefardí—; y que en esa ciudad griega, parte entonces del Imperio Otomano, se dedicara a la práctica médica y recuperara la fe de sus ancestros como «judío nuevo» —como en el caso, mejor conocido, de Amato Lusitano (1511-1568) cincuenta años antes. No puede, pues, sorprendernos que el autor remita al calendario judío para precisarnos las fechas de inicio y final de la redacción de su obra: los días «27 de tebet'» (= 1 de enero) y «2 lr''h adar xenat» (= 5 de marzo) del año 5361 (= 1601), respectivamente; ni que se la dedicara «al muy alto y augusto senado de los judíos tessalonicenses» (pp. 71, 228-229).

La edición del *Diálogo del colorado* aquí reseñada está basada en un ejemplar único en el mundo de esta obra impresa, que se conserva en la Biblioteca Ets Haim, de la Sinagoga Portuguesa de Amsterdam. Su rareza, no obstante, también deriva de ser una de las escasísimas obras aljamiadas impresas en la Edad Moderna así como el primer tratado médico aljamiado cuya publicación se conoce. La obra centra su atención en una nueva enfermedad surgida en Salónica hacia 1593 y conocida allí entre los sefardíes como «[mal] colorado» y que Daniel de Ávila caracteriza como un «rabioso mal»; una «enfermedad nueva, incógnita a los antiguos y modernos autores»; o un «nuevo y muy peligroso y contagioso [tormento] ... el cual aunque con pie lento entró, fue poco a poco enseñoreando, de tal modo que tiene ya echado en nuestra Turquía altas raíces» (pp. 72, 107, 94). Daniel de Ávila ofrece una descripción médica de esta «nueva enfermedad», que caracteriza como «fiebre pútrida, maligna, contagiosa, peraguda, con efusión de sangre colérica a las partes intercutáneas, que haze mostrarse roxo todo el cuerpo, o casi todo» (p. 113), exhibiendo un llamativo despliegue de autoridades antiguas, medievales y de su tiempo, tanto médicas como filosóficas, que decide listar de modo bastante exhaustivo al inicio de su obra (pp. 74-90) y que constituyen una indudable muestra tanto de su sólida formación académica en artes y medicina, como de un perfil intelectual, muy propio de los médicos de la diáspora sefardí, cuyas premisas humanistas greco-latinas no les impidieron integrar en sus saberes y prácticas la tradición médica y filosófica medieval árabe-latina. Y declara publicarla con el propósito de que al menos puedan beneficiarse de ella quienes «se introducen a la medicina» (p. 73).

La edición propiamente dicha de este diálogo médico va precedida de un estudio introductorio (pp. 11-68), en cuya primera parte se presenta a su autor y la modesta imprenta Bat-Šeba' (Salónica, 1592-1605) donde vio la luz, se describe minuciosamente el impreso, y se apunta la identificación retrospectiva del mal colorado con la afección exantemática, predominantemente infantil, actual-

mente conocida como escarlatina. En el resto de la introducción se abordan de modo minucioso los aspectos lingüísticos de la obra (ortografía y lenguaje del *Diálogo*) así como los criterios de la presente edición.

El *Diálogo del colorado* se estructura en 15 diálogos médicos (pp. 97-229), precedidos de una introducción (pp. 71-73), la señalada relación de los autores citados, una tabla de los capítulos (pp. 91-92) y un prólogo (pp. 93-96). Los diálogos transcurren entre «Daniel» (el autor) y dos profesores suyos en la facultad de medicina salmantina, «Brabo» (Juan Bravo de Piedrahita [1527-1610]) y «Soria» (Rodrigo de Soria [fl. 1560-1608]) —el segundo discípulo, a su vez, del primero—, a quienes Daniel de Ávila individualizó como «maestros» suyos de «más abtoridad» en la «insigne academia de Salamanca, flor oy del mundo en ciencias humanas» —llamativa loa reiterada por otros médicos de la diáspora sefardí allí formados como Rodrigo de Castro (c.1546-1627)— y cuya «estrema sabiduría» era conocida «entre las más remotas gentes» (p. 95). El autor reconoce la filiación platónica de sus diálogos y manifiesta su preferencia por este género literario «por ser estilo más dulce y suave» (p. 95).

En el curso de estos diálogos se abordan sucesivamente los distintos aspectos del mal colorado conforme al galenismo médico propio de la educación universitaria de su autor: su primera «generación» y origen (diálogos I y II), su definición y naturaleza (III y IV), sus signos o «señales» (V), las causas de esta enfermedad y sus accidentes (VI), sus «pronósticos» (VII), sus «crisis» (VIII), el régimen de comidas y bebidas para los enfermos (IX), el tratamiento médico del mal colorado sobre todo con remedios evacuativos (X), los remedios quirúrgicos consistentes en sangrías y ventosas (XI), el tratamiento de los síntomas o accidentes más severos y de las enfermedades que acompañan al mal colorado (XII), el tratamiento de los niños (XIII), y el régimen de las embarazadas (XIV) y el tratamiento de las parturientas (XV). La editora completa su trabajo con una guía de las variantes textuales no normalizadas (pp. 232-244), un amplio glosario (245-280), sendos índices onomástico y geográfico (pp. 280-285), y la bibliografía (pp. 287-300).

En suma, los historiadores de la medicina hemos de celebrar la publicación de esta espléndida edición anotada del *Diálogo del colorado*, que pone a disposición de los estudiosos la valiosa y desconocida descripción médica que el médico sefardita Daniel de Ávila hizo en 1601 de una nueva afección entonces conocida como «mal colorado». Su estudio histórico-médico convendría inscribirlo, por una parte, en el mundo médico de la diáspora sefardí; y por otra, en la doble tradición médico-literaria de las nosografías sobre las «nuevas enfermedades» en la Europa moderna (siglos XV-XVIII), sobre todo las propias de la infancia,

y de la extensión al ámbito de los más dispares temas médicos, del popular género de los diálogos en el renacimiento europeo. ■

Jon Arrizabalaga

orcid.org/0000-0002-0740-4951

Institució Milà i Fontanals, CSIC

■ Séverine Pilloud. *Les mots du corps. Expérience de la maladie dans les lettres de patients à un médecin du 18e siècle: Samuel Auguste Tissot.*

Genève: Éditions BHMS; 2013, 373 p. ISBN: 978-2-9700640-1-5. € 45.

Tissot fue un profesional muy interesante en el panorama de la Ilustración, pues abarcó amplios mundos médicos gracias a su eclecticismo y su apoyo en la naturaleza y en el interés por el hipocratismo. Sirvió para propagar el saber médico, que se difunde y populariza en la época, tal como Enrique Perdiguero ha mostrado. Y se interesó por las *sex res non naturales*, acentuando esa tradición clásica nunca abandonada; insistió en esas causas de salud o de enfermedad, que están o no en el cuerpo humano y que interpretadas por los médicos dieron lugar a la dieta antigua, a la higiene moderna, a la regulación de la vida del hombre, sano o enfermo, por parte de la medicina.

Además, los escritos de Tissot llegaron a amplias capas de la población, pues siguiendo la herencia de Marsilio Ficino se ocupó de las gentes distinguidas, así de las letras, las ciencias o las artes. Pero también de los trabajadores, siguiendo la de Bernardino Ramazzini. Como veremos, el exhaustivo estudio de las cartas del fondo Tissot ha permitido a la autora conocer bien ese muy rico caudal de lectores y lectoras de sus escritos, sea el dedicado a las enfermedades nerviosas (*Traité des nerfs...*), al onanismo (*L'onanisme*), a los hombres de letras, hombres y mujeres de mundo (*De la santé des gens de lettres*), o a esa amplia población de destinatarios del *Avis au peuple*. Puede así incluir muy interesantes mapas de Suiza y Europa, mostrando su red de correspondientes, que conocieron su obra.

En alguna edición de su libro *De la santé des gens de lettres*, Tissot añade en nota una carta de un «*très-habile Jurisconsulte*», uno de los lectores de la obra, quien padece de piedras en riñón. Cuenta con gran detalle sus dolores, su evolución y muchos datos personales. Pero me interesa señalar que ha consultado a un médico, primero con buen resultado y expulsión de las piedras.